

## EDITORIAL

DOMINGO SANTA CRUZ W. (\*)

**E**N la historia musical de Chile han quedado ya grabados los nombres de Pedro Humberto Allende y de Enrique Soro, por sus bellas obras, y por haber sido consagrados con el Premio Nacional de Arte.

Hoy se añade, con justa y merecida gloria, el de Domingo Santa Cruz, al recibir igual consagración.

Este homenaje que, el Supremo Gobierno, junto con nuestro mundo artístico, rinde a los más destacados valores del país, es una de las más altas demostraciones de cultura que distingue a Chile en medio de muchos países de América, y que revela, a pesar de su corto período histórico, el grado de madurez espiritual que ya ha alcanzado.

Las actividades humanas tienen en el mundo del espíritu una jerarquía que establece el tiempo, ya que la Historia afirma que, por muy grande y duradero que sea el poderío de los pueblos, es al fin transitorio; y cuando ya nada queda de ellos, los únicos datos que en la búsqueda revelan su existencia, los dan las obras de arte, a veces humildes, pero que esconden no sólo el talento, sino hasta el subconsciente y sensibilidad de sus creadores.

Es como si el tiempo fuera el insobornable maestro que enseña la eterna supremacía del espíritu.

Es por eso que todas las expresiones de arte de un pueblo son más valorizadas cuando éste ha logrado un mayor grado de cultura, y cuando sus modalidades psicológicas, que lo caracterizan, se han plasmado e incorporado en el alma de sus artistas.

Chile tiene ya su propia música. No es necesario para que nuestro arte musical sea chileno, el que los compositores tengan que recurrir a estilizar únicamente los pequeños giros del folklore que, por lo demás, esto ha sido realizado en forma insuperable por Humberto

---

(\*) Discurso pronunciado por el compositor chileno Alfonso Leng, durante la ceremonia de entrega del Premio Nacional de Arte en el Teatro Municipal, el 4 de Diciembre de 1951, a las 18.45 horas.

---

Allende y otros, pues inevitablemente se evidencian ya lo que es más importante, algunas características del alma chilena: sobriedad, espíritu de síntesis, expresión directa; si bien no siempre elegante, pero con un buen gusto que indica una elaboración interna refinada. Esa suave ironía que sabiamente elude sonriente el drama de lo inevitable.

Todas estas características están presentes en la producción musical chilena contemporánea, en mayor o menor grado.

La tristeza y cierto quietismo profundo y melancólico que corresponde a nuestro período romántico, ha dado el paso a una música más vital y dinámica que está más a tono con el lenguaje actual y con la mayor capacidad técnica de sus autores.

En el desarrollo de la composición musical chilena ha tenido una influencia importante la actividad docente de maestros extranjeros como Brecia, Stöber y Giarda, como también la de los tres autores que han recibido el Premio Nacional de Arte, Allende, Soro y Santa Cruz, maestros de la brillante pléyade de compositores que dan hoy justo renombre a nuestra música, en todo el mundo. El más digno exponente del alto grado de progreso alcanzado hoy en el arte de la composición en Chile, es Domingo Santa Cruz; por la magnífica calidad de su producción, por el plano elevado en que está concebida y por el sello personalísimo con que está expresada. Domingo Santa Cruz, alumno de Enrique Soro, completó en España sus estudios de Composición con Conrado del Campo.

Desde muy joven su espíritu fué atraído por el arte de Beethoven, de Wagner, y especialmente de Bach. Lo impresionaron vivamente los polifonistas antiguos, en quienes, al lado de la nobleza de las imágenes musicales, nacidas del más elevado afán de superación, estaba el mundo maravilloso de una realización técnica perfecta, difícil, pero indispensable para revelar con justeza su inmenso contenido.

Estas preferencias de Santa Cruz por las más grandes obras del arte musical de todos los tiempos, han sido las coordenadas que orientaron su producción artística por el camino noble y severo que la singulariza, porque eran ellas las que mejor se avenían con sus ideales de perfección y de belleza.

La escuela neoclásica alemana contemporánea, con su común denominador contrapuntístico, tan grato a Santa Cruz, ha dejado también su huella en él; pero su imaginación creadora, rebasa todas estas influencias, para revelar con claridad su constante inquieta, teñida a veces con el acento trágico del alma española, como en su Suite para orquesta de cuerdas, o con estados del más profundo mis-

---

ticismo, en el andante de sus Variaciones para piano y orquesta, como también de sana euforia en sus Sinfonías y en su admirable Egloga.

Desde sus primeras composiciones para piano, las viñetas escritas en 1927 ya se advierte la escritura ágil y nerviosa que ha de mantenerse hasta la ya madura concepción de sus Poemas Trágicos, en los que prima un subjetivismo intenso. Sus Imágenes Infantiles hacen un paréntesis de fina gracia. En sus Canciones para voz y piano ocupan un lugar preferente los cuatro Poemas de Gabriela Mistral, que traducen fielmente la inmensa ternura que la gran poetisa en ellos revela; como también en los Cantos de Soledad, cuya belleza melódica muestra la clara y espontánea inspiración de Santa Cruz. Esta tendencia melódica se encuentra en toda la obra de este músico, expresada en una forma compleja en el contrapunto, ya que éste no es sino una superposición de melodías; complejidad que tiene su equivalente psíquico en el animado mundo de su poderosa imaginación creadora. Sus melodías, por un momento tonales, se desplazan luego hacia otras tonalidades, como expresión de su inquietud en la búsqueda de imágenes cada vez más ricas en contenido y belleza.

En su música de cámara, en los dos cuartetos y especialmente en el 2.º, la trama contrapuntística es llevada a un alto grado de perfección. Cada voz se identifica con claridad y todas se potencian en interés expresivo.

Las Variaciones para Piano y Orquesta, en que resuelve maestramente el difícil problema de la Passacaglia, contiene en el andante una de las más nobles y hermosas páginas escritas por Santa Cruz.

Su Suite para orquesta de cuerdas, que ha tenido tan buena acogida en Europa y América, es una de aquellas obras que por su contenido armónico tan rico y personal, ha de obtener siempre el éxito ya constatado. Igualmente su Sinfonía Concertante para flauta y orquesta y su 2.ª Sinfonía para cuerdas. Pero donde Domingo Santa Cruz ha revelado toda su maestría, es en las obras corales: verdaderos madrigales, como la Cantata de los Ríos de Chile y especialmente en su Egloga. En esta admirable composición ha simplificado y depurado su estilo, manteniendo la riqueza melódica y polifónica, con una orquestación ya más clara, nítida, con una mayor valorización solfística, y con un lenguaje, si bien actual, perfectamente accesible a todos los públicos. Como en todo compositor muy personal, el lenguaje a veces sorprende y desconcierta; pero, a medida que se van asimilando los valores que como contrastes, establecen el dis-

---

curso, lo comprendemos y sentimos más en función de la potencia de sus elementos expresivos.

Domingo Santa Cruz es uno de los pocos compositores sudamericanos que ha logrado obtener su lenguaje propio, un estilo personal, que siempre se mueve en un plano inteligente, expresivo y dinámico. Su obra ha de ser cada vez más valorizada por la alta jerarquía de sus imágenes que está a la altura de la brillante producción musical contemporánea.

No voy a hacer un análisis ni una crítica de sus obras, pues ya lo han hecho otros más capacitados que yo, en Chile y en el extranjero; sólo he deseado subrayar los aspectos fundamentales de su producción que lo ha hecho acreedor al homenaje que tan justamente hoy recibe. Domingo Santa Cruz, además de su obra artística, ha llevado a cabo la más importante labor de organización de las instituciones musicales de Chile, organización que es reconocida en el extranjero y presentada como un modelo en el Continente Americano. Santa Cruz ha realizado una revolución musical que ha hecho avanzar nuestra cultura artística con un ritmo acelerado e incontenible, hasta dejarla al mismo grado de progreso que el de los más avanzados países del orbe.

No se imaginó Domingo Santa Cruz, al reunir en su casa, una tarde de 1917, a los seis jóvenes que iniciaron lo que después sería la Sociedad Bach, que desde ese momento comenzaba el más trascendental movimiento renovador que vino a cambiar fundamentalmente el destino de la música en Chile.

Once años más tarde y después de dilatadas campañas y gestiones ante los Poderes Públicos, siendo Ministro de Educación don Eduardo Barrios, se realizó la reforma de la enseñanza artística en que Santa Cruz y Armando Carvajal llevaron la responsabilidad directiva. Consecuencia directa del movimiento iniciado por Santa Cruz fué la fundación en 1929 de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, cuyos destinos pasó a regir en 1932 como Decano, cargo que desempeñó hasta la supresión de esta Facultad en 1948 y la creación de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales que él, con admirable visión, logró fuera establecida. De esta Facultad, como lo era de la de Bellas Artes, dependen el Conservatorio Nacional de Música y el Instituto de Investigaciones Musicales.

El Decano es también el jefe del Instituto de Extensión Musical, la máxima institución artística de este siglo en Chile, en cuya creación cupo también a Santa Cruz una participación decisiva, no sólo en los largos trámites para obtener el despacho de la Ley, sino que en la ideación de la Asociación Nacional de Conciertos Sinfó-

---

nicos que precedió a la existencia del Instituto. De este modo, los conciertos sinfónicos tan brillantemente organizados por Armando Carvajal desde 1930, pudieron encauzarse en una iniciativa permanente y costeada por el Estado.

Entre otras de las muchas realizaciones que se deben a la acción directa de Santa Cruz, están la fundación de las revistas musicales «Marsyas», «Aulos», «Revista de Arte» y luego la «Revista Musical Chilena», el órgano de publicaciones musicales más prestigiado que se edite en lengua castellana; la fundación del Instituto Secundario de Bellas Artes; el Instituto de Investigaciones Musicales; la radiodifusión musical universitaria; el Instituto de Extensión de las Artes Plásticas; la Asociación Nacional de Compositores; los Festivales de Música Chilena; la Asociación de Educación Musical; en gran parte la creación del Coro Universitario y una considerable lista, que podríamos citar, de iniciativas universitarias que salen del campo específico de la música y de las artes en general.

La sola enumeración de estos nombres hace pensar: en la serie enorme de problemas que Domingo Santa Cruz ha tenido que resolver en cada uno de ellos, con una dedicación de lo mejor de su vida y de cada instante; con ese entusiasmo y dinamismo que pone en todos los detalles, escrupuloso, inexorable en su afán de perfección, por lo que lógicamente ha tenido que interferir con muchos, en este país del más o menos, y padecer el dolor de la incompreensión. Pero nada lo detiene en la prosecución de sus ideales; y, cuando contempla el desamparo de los compositores, que no sólo no pueden imprimir sus obras, ni menos obtener la más pequeña retribución económica, idea y lleva a cabo la solución de ambos problemas, en forma que hoy todo compositor chileno que escriba obras nuevas de verdadero mérito, pues hay un jurado competente y justo que sabe apreciarlas, puede no sólo obtener la difusión de ellas, sino también un apreciable premio en efectivo.

La recia personalidad de Santa Cruz, condicionada por tan altas cualidades espirituales, de inteligencia y capacidad creadora, nos da un ejemplo elocuente de cuanto valen éstas cuando van acompañadas de esa gran virtud que es la «continuidad en la acción realizadora», virtud tan poco frecuente entre nosotros y que él posee en tan alto grado, como expresión de su poderosa voluntad y deseo de ser útil a la causa del arte. Es esta rara y feliz cualidad de su espíritu la que esconde el secreto del éxito que él ha alcanzado en tan magníficas realizaciones porque involucra un ideal generoso y una entrega total de sí mismo.

Santa Cruz ha podido llevar a cabo así una obra inmensa, con la valiosa y entusiasta colaboración de todos aquellos que, como él, han comprendido y tenido conciencia de que construían, no sólo las bases, sino el templo mismo del arte musical chileno.

Todo esto ha sido posible debido al apoyo incondicional del Rector de la Universidad, Sr. Juvenal Hernández.

Domingo Santa Cruz recibe hoy el Premio Nacional de Arte y la gratitud de su Patria por el doble mérito: de su magnífica producción artística y por su incansable acción de creador y organizador de Instituciones que constituyen un orgullo para Chile y para América.